



World Library and Information Congress: 70th IFLA General Conference and Council

22-27 August 2004
Buenos Aires, Argentina

Programme: <http://www.ifla.org/IV/ifla70/prog04.htm>

Code Number: 182-S
Meeting: 119. Plenary Session II
Simultaneous Interpretation: Yes

La biblioteca en la vida de un escritor

Mempo Giardinelli

Escritor argentino

Quiero comenzar diciendo que si yo soy escritor es porque hubo biblioteca en mi casa. Así de simple y así de magnífico.

En mi casa en el Chaco, donde las siestas son interminables, lo que más había, hace años, era lectura. Mi casa era humilde, mi papá tenía apenas tercer grado de primaria y había trabajado como panadero, viajante, vendedor de cosas. Mi mamá, que era profesora de piano, era una fanática de la lectura. Y mi única hermana, doce años mayor que yo, leía todo el tiempo. El mueble más importante de la salita comedor era la biblioteca: un enorme librero de madera oscura, que tenía, en los estantes inferiores, todos los libros que yo podía tomar para leer, jugar, destruir o lo que se me diera la gana; y arriba, por supuesto, los libros inconvenientes que, inteligentemente, nadie decía que eran inconvenientes. Lo descubrí en la adolescencia, claro, pero cuando ya me había cargado varias enciclopedias y los adorables libros de Monteiro Lobato, impresos en una edición de Sopena que perdí luego en alguna mudanza y todavía me emociona recordar...

Al parecer, y acabo de comprobarlo en el reciente 9º Foro Internacional por el Fomento del Libro y la Lectura que hacemos en Resistencia todos los años, y terminó el sábado pasado, son muchos los colegas que cuentan experiencias similares. De México o de Cuba, de España, los Estados Unidos o Brasil, cada escritor que habla sobre la lectura comienza evocando la biblioteca que lo formó.

Dice Julio Neveleff, en su libro Guardianes, solteronas y preservadores, que "a lo largo de la Historia hubo bibliotecarias y bibliotecarios que alcanzaron celebridad por motivos ajenos a su profesión o que, al contrario, por ellos llegaron a bibliotecarios". Y cita una larga lista de casos: Achille Ratti, bibliotecario de la Biblioteca Ambrosiana de Milán y prefecto de la Biblioteca Apostólica Vaticana, fue el Papa Pío XI; el filósofo George Berkeley, bibliotecario en el Trinity College de Dublín; el líder chino Mao Tsé-Tung fue auxiliar en la biblioteca de Pekín; el escritor y polígrafo Marcelino Menéndez y Pelayo dirigió la Biblioteca Nacional de España; el poeta y Premio Nobel Saint-John Perse, y también los escritores Georges Duhamel, Anatole France y Stendhal. Y entre nosotros José Mármol, Paul Groussac, Leopoldo Lugones y Jorge Luis Borges, y algunos más recientes como los

poetas Héctor Yánover y Horacio Salas, quienes hace muy poco dirigieron la Biblioteca Nacional de la Argentina.

En esa misma tradición, puedo decir, también yo me formé como escritor. Mi madre era una extraordinaria lectora, y mi hermana —de grande bibliotecóloga diplomada en la UNNE— fundó la Biblioteca Municipal Hipólito Yrigoyen, de Resistencia, que tiene un riquísimo acervo, y la dirigió hasta el año pasado. Yo mismo he sido, durante toda mi vida, un bibliotecario aficionado.

Por eso creo que, como escritor, no soy otra cosa que un producto de la heterodoxia de mis lecturas y de la acumulación de ideas y experiencias que traen los años, sí, pero los años con biblioteca. Porque sin ella nada hubiese sido lo mismo.

Jamás he sido la clase de escritor que teoriza la literatura desde la formación y el estilo académico. No ha sido mi modo, supongo que porque en la Universidad estudié Derecho y no Literatura. No dudo que a esa circunstancia debo mi oficio de periodista y la vocación por reflexionar ideas sobre la cultura y la política de nuestro zarandeado país. Como tampoco dudo de que mi oficio de escritor deriva de mi formación como lector, que en mi caso es decir mi madre y mi hermana, de las que heredé una formación libresca heterodoxa pero ineludible, que estimulaba por sobre todo la libertad y la curiosidad ilimitadas.

A mí lo que me encanta no es estudiar la literatura, sino hacerla, y reflexionar después sobre lo ya escrito. Es allí donde busco la revelación, tanto de los orígenes como del sentido de la obra concreta. Por eso el análisis literario, para mí, es más bien la develación de la práctica de la escritura, la sumersión en laberintos interiores sin guía ni astrolabio y, sobre todo, el descubrimiento de las iluminaciones que toda obra debe contener, y que si no contiene será olvido. Porque la literatura siempre es memoria, ya que es la vida por escrito. Y a eso lo aprendí siendo ratón de biblioteca.

Por supuesto, cuando escribí mis primeros libros yo no sabía todo esto. Pero con los años fui encontrando la capacidad de, al menos, intentar estos razonamientos. Yo aprendí en la Biblioteca Leopoldo Herrera, de Resistencia, y en la Popular Bernardino Rivadavia, y en la escolar Benjamín Zorrilla, que el mejor camino consistía en leer al azar pero como quien respira, incesante y vital. Y entonces escribir fue un caminar sin planes, de manera que el proyecto fuese la escritura misma y escribir consistiese en ir descubriendo cuál era el proyecto. Aprendí que el arduo trabajo del escritor comenzaba mucho después, en el enorme, torturante y maravilloso empeño, en el duro y riguroso trabajo de pulir la prosa, clarificar el sentido, consolidar la idea y, desde luego, abrillantar el estilo. Ése es para mí el trabajo del escritor: escribir desde la ignorancia de lo que se escribe pero con toda la experiencia adquirida en una vida vivida intensamente y con una biblioteca entera detrás. Escribir concientemente sobre lo que no se sabe, para conocer el qué y el cómo; y no para alcanzar revelaciones sino para buscarlas, que es mucho mejor porque hace a la tarea más noble y más humilde. Es decir, escritura como indagación, como introducción en un laberinto que no tiene salida ni debe tenerla, pero que es fascinante recorrer aunque sea para perderse en él.

A todo esto me lo inculcaron desde chiquito. Vivíamos en una casa de la calle Necochea, que todavía existe, y en mis evocaciones veo siempre a mi mamá y a mi hermana leyendo. Las veo esperando dos veces por semana la llegada de las revistas que colmaban el quiosco de la esquina. Los semanarios de entonces (*El Hogar*, *Vosotras*, *Vea y Lea*, *Leoplán*) siempre contenían lecturas, de clásicos y modernos. Allí se encontraban textos de André Gide o de Adolfo Pérez Zelaschi, de Ernest Hemingway, de Rodolfo Walsh o de Silvina Ocampo. La buena literatura era importante para las revistas de aquella época... Los libros, en cambio, llegaban por correo. Ellas los encargaban a las librerías de Buenos Aires como quien encarga tesoros que, al llegar, eran velozmente devorados. Y mientras tanto, durante la semana, sacaban libros en préstamo de las bibliotecas de la ciudad. Y así todos los mediodías el almuerzo se amenizaba con sus comentarios, ante el silencio respetuoso y complacido de mi padre, que sólo leía el diario "El Territorio", con noticias locales, y "La Nación" de Buenos Aires que llegaba con un día de demora.

La lectura, la literatura, la conversación, la historiación y la narración constante eran, en cierto modo, la vida misma para las mujeres de aquella casa y sus amigas. Y su auxiliar permanente eran las bibliotecas. La de mi casa era una fuente inagotable de comparaciones, de metáforas, de sueños y de posibilidades. Ellas sacaban y reponían libros de la biblioteca de la sala como se sacan el tomillo y la pimienta del especiero de la cocina. Hoy creo que fue eso lo que me hizo sentir siempre tan femenina a la escritura. Los mejores momentos de mi vida los pasé, siempre, escuchando narraciones de intrigas e ilusiones, amores y desamores, sueños y frustraciones en boca de mujeres, y mujeres que leían mucho y tenían la imaginación y la pasión, por lo tanto, bien entrenadas. Así me fui ensopando de la literatura que eran sus palabras, todo sentimientos siempre, todo desenfreno y locura, como si las vidas corriesen a la par de las novelas y cuentos que se leían en la casa. Así me hice lector yo mismo, que entré tanto en Julio Verne y Monteiro Lobato como en Kafka completo y en el inconveniente Alberto Moravia; en los fascinantes y apropiados relatos de Salgari y de Stevenson como en la densidad de Dostoievsky y Par Lagerkvist; en aventuras como la de Robinson Crusoe y en textos prohibidos como El amante de Lady Chatterley de D.H.Lawrence o las Memorias de una Princesa Rusa. De ahí para acá todos los domicilios de mi vida, siempre, todos, han estado llenos de novelas y de poesía, de cuentos y también de sueños dominados por las narraciones de tías, novias, amantes y amigas. Pero sobre todo mi vida no ha sido otra cosa que llevar mis bibliotecas como el caracol lleva su caparazón.

Cuando escribía estas páginas me parecía que mi propia vida fue la de un bibliotecario aficionado. Me veo, de niño, jugando con cochecitos de madera y soldaditos de plomo entre los libros que bajaba de la biblioteca, del sector inferior, que era el mío. Hacía autopistas con los libros de Conrad o el Martín Fierro, y grandes edificios o ciudadelas a conquistar con mi pequeño Larousse o con enciclopedias como la enorme Sopena de dos tomos. Me pasaba las siestas sumergido en esos juegos con sus tapas, sus páginas y sus dibujos, esas fascinaciones que eran infinitas porque yo sentía que el infinito mundo de la biblioteca ya era mío. Como en los dibujos de Escher, recuerdan ustedes aquel de la escalera inagotable, esa arquitectura de la vida me era dada y yo empezaba a valorarla ya antes de saberlo.

Somos, en rigor de verdad, lo que hemos leído. Cuando iba al Colegio Nacional de Resistencia y era un adolescente como cualquier otro, bullanguero, deportista, irresponsable y más o menos desenfadado, yo tenía en mi cuarto de estudiante una pequeña biblioteca que formé a partir de los libros heredados después de la prematura muerte de mis padres y de los que iba comprando, en mesas de saldos, con mis primeros ahorros. Junto con mi Winco y algunos discos, eran todo mi capital y mi tesoro en la vida. Y tan fue así que enseguida nomás me apareció lo obsesivo. Como en mi casa éramos relativamente pobres, los libros se cuidaban muchísimo y siempre se los reparaba: con las viejas, originales y pegajosas cintas durex, y con cola y cartulina, mi hermana y yo éramos expertos en reparación de libros desvencijados. De manera que apenas me instalé en mi cuarto de estudiante mandé a hacer un primer sellito, que todavía tengo y dice: "Robar libros es lo peor que se puede hacer. Este libro es mío". Lo estampé en todo aquel capital y todavía hoy me divierte y enternece encontrar esa sentencia estampada en los libros más viejos.

Cuando cursé la Facultad de Derecho mis lecturas eran, naturalmente, específicas aunque yo ya sabía que nunca iba a ser abogado. Tengo todavía algunos de aquellos libros y todos mis códigos anotados, pero me pasaba tardes y noches en la Biblioteca Herrera, que está junto a la Catedral de Resistencia, y muchísimas veces me desviaba del Derecho a la Literatura, como finalmente sucedió. Mi vida de lector, ya entonces, estaba definida, porque en la facultad, en la Herrera o en mi cuarto de estudiante era la biblioteca la que dominaba mi formación, a la par de los primeros juegos amorosos, y del fútbol, el rugby y los bailes de los sábados que eran, en provincia, parte de la formación humanística de todos los muchachos y chicas que entonces teníamos veinte años.

Después me hice periodista y eran los durísimos años '70. Abandoné el Derecho y me fui a Buenos Aires y me entregué por completo a la Literatura. Escribí mis primeros cuentos y una novela espantosa que jamás publiqué, pero seguí siendo el bibliotecario portátil que iba a ser toda mi vida. Llevé conmigo a Buenos Aires aquella biblioteca que de tan grande que ya era nunca cabía en los pequeños departamentos que alquilaba. Libros en la cocina, en el baño, debajo de la cama, yo podía perder cualquier cosa —y de hecho perdí algún buen amor— pero no mis libros. Clasificados por géneros,

por orden alfabético, fichados todos, los libros de mi biblioteca eran, y fueron siempre, tan necesarios como la cédula de identidad, íntimos como los calzoncillos, nutritivos como la leche y el pan.

En 1976, como todos sabemos, la tragedia que inició el camino de la Argentina hacia el desastre actual nos forzó, a muchos de mi generación, al horrible crimen de tener que quemar libros para sobrevivir. Los perros asesinos de la dictadura recorrían, clandestinos, las ciudades, y no sólo buscaban personas sino también ideas, y las ideas estaban en los libros. Por eso las piras de volúmenes incendiados, los fogones en las calles donde se incineraban las ideas y la libertad. Yo pasé por ese horror y esa vergüenza, cuando durante toda una ominosa noche inolvidable, y con las persianas bajas, en la cocina y en el baño de mi pequeño departamento de Juramento y Vidal, con miedo, vergüenza, dolor y rabia tuve que quemar algunos libros "comprometedores" y "peligrosos", que no se quemaban fácilmente, porque los libros saben resistirse, hagan la prueba, a los libros hay que romperlos página por página, hacerlos pedacitos y quemarlos página a página, o hacerlos cruvica, como decimos en el Nordeste, y tirar los papelitos por el inodoro...

Aquello fue como amputarme lentamente. Durante horas y mientras afuera la ciudad era asolada por los perros de la noche que andaban de cacería y las sirenas policiales sólo podían mitigarse subiendo el volumen de los conciertos de música clásica de la vieja Radio Nacional o con un programa musical que se llamaba Modart en la noche. Pero hoy creo que aquello fue, también, un acto de amor, de frustrado amor pero amor al fin, porque uno destruía cada libro jurándose que un día, un luminoso día de justicia y libertad, uno volvería a atesorar aquellos libros en una nueva, grande y enriquecida biblioteca.

La amputación llegó, masiva y completa, la noche de Julio de 1976 en que me avisaron de la Editorial Losada que el Ejército estaba "limpiando" —vaya verbo— los depósitos y quemando libros en la calle. Entre ellos, mi primera novela. Me aconsejaron no quedarme en mi departamento y obviamente ése fue el inicio de mi exilio, al que marché con apenas unos pocos libros dos semanas después. La fría noche en que llegué al Aeropuerto de Ezeiza tras dejar una ciudad plagada de controles militares y retenes en los que fieras asesinas eran dueñas de la vida y de la muerte, yo llevaba conmigo una versión de La Comedia de Alighieri, las pequeñas ediciones de Bestiario y Final de Juego publicadas por el Centro Editor de América Latina, un par de libros de Borges editados por Emecé y una edición barata de Tobacco Road, la memorable novela de Erskine Caldwell. Era mi perfecta biblioteca portátil, sin la cual yo no podía moverme.

Y en México formé —o reformé, o reorganicé, no sé cuál es el verbo preciso— otra biblioteca, una nueva que, sin embargo, era la misma. Durante nueve años y mientras se publicaban mis primeros libros, monté una biblioteca en mi casa mexicana, soñando con el regreso. Y biblioteca —quiero decirlo— que se enriqueció con la vasta y nutricia literatura mexicana y sobre todo la inmensurable literatura latinoamericana, con autores y autoras de todos los países a los que aprendí a amar y a valorar como para que mi formación dejara de ser tan municipal, digamos, tan cortita como siempre ha sido la literatura argentina canónica, tan porteña y con tanta pretensión de universalidad. Hoy agradezco a la vida que aquel dolor del exilio me deparó, sin embargo, esa biblioteca que traje, nomás, cuando los argentinos recuperamos la Democracia, en un contenedor que despaché personal y amorosamente en el puerto de Veracruz una mañana de hace veinte años, en 1984.

Y aquí, de regreso, fue esa biblioteca la que me permitió parir la única revista que inventé en mi vida, la que me llevó todos los esfuerzos y un tiempo dorado, como creo que son los 35 a los 45 en la vida de un hombre. En esos años fundé Puro Cuento a partir de mi biblioteca. Todo consistió en recordar, releer, tomar de este o aquel estante, para crear aquella revista que hoy es casi mítica y tan querida en el interior del país y en el extranjero. De esa biblioteca salieron los más de 800 autores y más de dos mil cuentos que publicamos. De esa biblioteca que yo amaba y amo todavía y a la que, me doy cuenta, en este texto estoy rindiendo un amoroso homenaje.

Desde mi primera Fundación, que se llamó Puro Cuento, nos ocupamos de abrir algunas bibliotecas porque yo sabía de su importancia. Amé siempre las estanterías llenas de libros y quería que otros

recibieran todo el amor, toda la decencia, toda la fantasía y la imaginación que me dieron a mí las bibliotecas. Así fundamos una en Puerto Iguazú y otra en Alvear, sobre la costa correntina del río Uruguay; y otra en San Cristóbal, en el norte boscoso de la provincia de Santa Fe. E hicimos la primera encuesta nacional de lectura, en 1991 y 92, que nunca se dio a conocer porque nos fundimos, pero cuyas revelaciones marcaron mi vida en los últimos años.

Porque incluso cuando quebró la revista Puro Cuento, mi biblioteca siguió siendo el verdadero bien a conservar. Igual que en cada separación amorosa, en mi único divorcio legal, en las decenas de mudanzas y en los incontables sitios en que he vivido —pensiones, hoteluchos, departamentos, casas prestadas, refugios de amor o de clandestinidad política, covachas y sótanos, penthouses de ricachones y bulines bacanes— las bibliotecas fueron siempre el único bien indiscutible, el único patrimonio innegociable, el conjunto de bienes máspreciado que siempre importó más que un traje nuevo, los zapatos o las camisas.

He sido y soy tan fiel amante de las bibliotecas, que, en mis viajes, en mi maleta siempre llevo un ejemplar de Don Quijote y los tres o cuatro libros que estoy terminando de leer, y puedo jurar, no sin orgullo, que no hubo hotel ni cama en la que no haya habido un altero de libros a mi lado. Donde fuere que he dormido tuve libros haciendo guardia al costado de mi cabeza. Me faltaron amores y compañía, me faltaron frazadas para el frío y aireaciones para el calor, me faltó comprensión y sabiduría, me faltó tino y serenidad infinidad de veces. Pero jamás me faltó un libro, jamás dejé de tener conmigo el tesoro que es una pequeña biblioteca mínima a la mano.

Hoy presido una Fundación que desde hace una década se dedica al fomento y promoción del libro y la lectura, y a ella done todo mi acervo. Tenemos unos doce mil volúmenes en proceso de catalogación y allí se nutren nuestro Centro de Estudios, nuestro Instituto de Investigaciones y también nuestro Programa de Abuelas Cuenta Cuentos, que iniciamos hace cuatro años y crece gracias al entusiasmo y la constancia de decenas de personas que trabajan organizadamente alrededor de la simple idea de que no hay mejor estímulo para la lectura que compartir los textos con amor. Nuestras Abuelas no son narradoras orales, son lectoras. Y no sólo promueven sino que proveen de lectura a miles de niños desamparados no sólo de pan sino también de textos, en escuelas, hospitales, salas de copeo de leche o comedores infantiles del Chaco, Corrientes y Misiones, en todos los cuales vamos creando pequeñas bibliotecas y/o asistiendo a las existentes.

En nuestro Centro de Estudios damos cursos de Pedagogía de la Lectura, hemos publicado libros que organizan esta nueva preceptiva e impartimos diversas alternativas de perfeccionamiento docente y bibliotecología durante todo el año. Y hemos creado y sostenemos, también, un Programa de Asistencia a Comedores Infantiles, que moviliza a decenas de personas generosas y activas, y a la par de lecturas provee de leche de primera calidad, todos los días, a más de 600 chicos.

Comprenderán ustedes que no puedo sino sentirme orgulloso y estimulado por la pasión que ponen todos esos voluntarios y voluntarias, convocados a partir de esa biblioteca que me acompañó toda la vida.

Acabo de pronunciar el vocablo "pasión". Y quiero detenerme en él por un segundo, para terminar, porque se trata precisamente de inculcar la pasión por la lectura, que es la misión primera y principal de toda biblioteca. Sólo con pasión podemos transmitir la lectura como lo que es: un acto de amor generoso, encantador y formativo. Sostengo desde hace años, cuando inauguré el primer Foro en mi tierra: No hay peor violencia cultural que el proceso de embrutecimiento que se produce cuando no se lee. Una sociedad que no cuida a sus lectores, que no cuida sus libros y sus medios, que no guarda su memoria impresa y no alienta el desarrollo del pensamiento, es una sociedad culturalmente suicida. No sabrá jamás ejercer el control social que requiere una democracia adulta y seria. Que una persona no lea es una estupidez, un crimen que pagará el resto de su vida. Pero cuando es un país el que no lee, ese crimen lo pagará con su historia, máxime si lo poco que lee es basura, y si encima la basura es la regla en los grandes sistemas de difusión masivos.

Como ven, todo empezó el día que decidí donar mi biblioteca personal para que fuese base de la biblioteca que hoy tiene la Fundación. Allí está ahora, en un edificio desvencijado y de triste memoria que un día recuperaremos, cuando tengamos dinero. Por ahora en cajones, sin estantes y en proceso de re-catalogación, pero viva, entrañable y maravillosa.

Muchísimas gracias.